



Muchos han emprendido la tarea de escribir la historia de los hechos que Dios ha llevado a cabo entre nosotros, según nos los transmitieron quienes desde el comienzo fueron testigos presenciales y después recibieron el encargo de anunciar el mensaje. Yo también, excelentísimo Teófilo, lo he investigado todo con cuidado desde el principio, y me ha parecido conveniente escribirte estas cosas ordenadamente, para que conozcas bien la verdad de lo que te han enseñado.

[Después de su bautismo y su retiro en el desierto,] Jesús volvió a Galilea lleno del poder del Espíritu Santo, y se hablaba de él por toda la tierra de alrededor. Enseñaba en la sinagoga de cada lugar y todos le alababan. Fue a Nazaret, el pueblo donde se había criado, y el sábado entró en la sinagoga como era su costumbre y se puso de pie para leer las Escrituras. Le dieron a leer el libro del profeta Isaías y al leerlo encontró el lugar donde estaba escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar la libertad a los presos y dar la vista a los ciegos; a liberar a los oprimidos; a anunciar el año favorable del Señor”. Luego cerró el libro, lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó. Todos tenían la vista fija en él. Y Él comenzó a hablar diciendo: -Hoy mismo se ha cumplido la Escritura que ustedes acaban de oír. (Lucas 1, 1-4; 4, 14-21).

1. “Un relato de los hechos que se han verificado entre nosotros”

El Evangelio de hoy comprende dos partes: la primera es un prólogo con el cual introduce Lucas su relato, y la segunda es el comienzo del capítulo cuarto, donde el evangelista, después de haberse referido en los tres primeros a la infancia y vida oculta de Jesús, narra la inauguración de su vida pública.

En el prólogo, Lucas, médico de profesión que había sido discípulo de Jesús aunque no perteneció al grupo de los doce apóstoles, y que después fue colaborador de san Pablo - como nos lo cuenta él mismo en otro de sus escritos -los “Hechos de los Apóstoles”-, indica el propósito que lo anima a escribir su Evangelio a partir de la predicación oral de los “*testigos presenciales*”, es decir, los apóstoles y otros discípulos y discípulas que habían seguido a Jesús desde los comienzos de su vida pública hasta su muerte y resurrección: “*para que conozcas bien la verdad de lo que te han enseñado*”. Como quien dice, para que quien lea o escuche su Evangelio tome conciencia de que cuanto le han dicho de Jesús se fundamenta en una realidad histórica concreta y no en fantasías.

Lucas se dirige a un tal *Teófilo*, nombre que en griego significa *amigo de Dios*, por lo que bien podría tratarse de un destinatario simbólico, es decir, todo lector que se reconozca como tal. Reconozcámonos así nosotros y acerquémonos al Evangelio con la intención sincera de quien quiere profundizar en el conocimiento de ese mismo Dios que se nos reveló personalmente en Jesús de Nazaret.

2. “Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu”

Como los demás evangelistas, Lucas también comienza la narración de la vida pública de Jesús con una referencia general a sus inicios en la región de Galilea, al norte de

Israel, después del bautismo que había recibido en el río Jordán. Desde entonces se había empezado a manifestar públicamente en Jesús la acción del Espíritu Santo, el mismo que lo había llevado primero a retirarse en el desierto y que ahora lo impulsaba a proclamar la *Buena Noticia* en las sinagogas o lugares de reunión que tenían los judíos en cada población para escuchar las Sagradas Escrituras y orar en comunidad.

Pero hay un episodio que sólo aparece narrado en el Evangelio de Lucas: la autopresentación de Jesús en la aldea donde se había criado. Situémonos con nuestra imaginación en la sinagoga de Nazaret y contemplemos cómo inicia allí su predicación con base en la lectura del libro profético de Isaías (61, 1 y ss.), evocando lo que este texto había significado unos cinco siglos y medio antes, en la época de la liberación de los judíos de su cautiverio en Babilonia, a la cual se refiere a su vez la 1ª lectura bíblica de este domingo que nos presenta al sacerdote Esdras proclamando la Ley de Dios en Jerusalén después del regreso del exilio (Nehemías 8, 2-4a.5-6.8-10). Jesús anuncia ahora una nueva liberación y va a proclamar una nueva Ley, ambas mucho más completas, y ya no sólo en el ámbito de Israel, sino en el de toda la humanidad.

3. “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido”

Con esta frase de Isaías, Jesús se presenta en el Evangelio de Lucas como el Mesías prometido y anunciado por las profecías bíblicas. En hebreo *Mesías* significa *Ungido*, lo mismo que *Cristo* en griego, y hace referencia al rito con el que eran consagrados los reyes, sacerdotes y profetas en el Antiguo Testamento, recibiendo el poder del Espíritu de Dios que les hacía posible cumplir la misión para la cual el Señor los había elegido. Nosotros, desde nuestra fe, reconocemos a Jesús como ese mismo Mesías prometido, cuya misión es dar la Buena Noticia a los pobres, liberar a los oprimidos, aliviar el dolor de los que sufren. Y esto es lo que significa en la Biblia el término griego “*eu-angelion*”: una buena noticia no sólo de palabra, sino realizada en hechos concretos.

Esa sería también la misión que Cristo les iba a dar a todos cuantos creyeran en Él y quisieran seguirlo: *evangelizar*, es decir, proclamar de palabra y de obra que, para todo ser humano que se encuentre en una situación difícil o esté sufriendo cualquier tipo de opresión, empezando por la que experimentan los pobres y explotados, es posible un porvenir nuevo, no sólo en el más allá, sino desde esta misma vida presente. Por lo tanto, al iniciar este nuevo año, que esperamos sea para todos *un año de gracia del Señor*, es decir, un año favorable y positivo, revisemos nuestro compromiso como creyentes en Jesucristo y seguidores suyos, y dispongámonos a ser también nosotros, como Jesús, portadores de esa Buena Noticia, mediante el testimonio de nuestras obras concretas para colaborar en la construcción de un mundo mejor para todos, empezando por los más necesitados. Que el Señor, con el mismo Espíritu con que Él fue ungido y con el cual también nosotros hemos sido consagrados en nuestro bautismo (como lo dice san Pablo en la 2ª lectura -1 Corintios 12, 12-30-: “*hemos sido bautizados en un mismo Espíritu*”), nos ilumine y nos dé la fuerza necesaria para ser, cada cual desde su vocación específica, auténticos seguidores de Jesús.-